

# EL ÚLTIMO RETRATO

Diego Zaldumbide

Siempre me ha fascinado la precisión con la que se revelan los rostros en los sueños. Esas imágenes vívidas de gente que apenas recuerdas en la vigilia, y que no has visto en años, de repente aparecen con tal claridad que al despertar es imposible no pensar en que se trata de una revelación divina o fantasmagórica. La mente no sabe si procesarlo como pasado o premonitorio (que al final pueden terminar siendo lo mismo en su interminable circularidad). Lo cierto es que todos soñamos con sitios que en algún momento conocimos, con detalles que se alojaron en nuestra mente inconsciente: colores, formas y rostros que es improbable procesar en nuestra limitada y unidireccional atención diaria.

Pero ayer juro haber soñado un recuerdo. Estoy convencida de que eran tus manos las que rodeaban mi cuello. Salté de mi cama, en la madrugada, buscando a tientas un lápiz, como dominada por una fuerza sobrenatural que quisiera expresarse en plena oscuridad. Temía que al encender la luz se perdiera la nitidez con la que aún recordaba cada detalle. En el camino, tropecé con un vaso que había dejado sobre el velador la noche anterior. Por evitar que cayera al suelo, terminé enredándome con el cable del cargador de mi celular que aún permanecía conectado, lo que me hizo trastabillar y empujar un llavero y unas monedas del cambio que me pagó el taxista, y que olvidé guardar en mi cartera. El estruendo atravesó el silencio pavoroso de mi departamento, lo que terminó por poner mis nervios de punta. Cuando pude tranquilizarme, encontré el lápiz, y comencé a dibujar casi con los ojos cerrados.

En ese momento caí en cuenta de que un aroma irreconocible, como floral y amaderado inundaba mi habitación por completo. No era la primera vez que soñaba con tu fragancia.

\*\*\*





No recuerdo con precisión desde cuándo comencé a soñar contigo y tu aroma. Solo aparecías, intermitente, hasta que tu imagen se detuvo a los trece. Después sobrevinieron las incontrolables ganas de rayar, como si a borbotones se me derramara el cerebro y tuviera que limpiarlo con un papel (o sobre él). Lo primero fueron los círculos y esa maldita obsesión por que fueran perfectos. Dibujaba tantos que la mitad de mis cuadernos y libros se llenaron de extraños lunares que exhibía como trofeos.

En ese tiempo no existía el sobrediagnóstico mercantilista y hasta categórico para encasillar a todo niño distinto en espectros que ni los psicólogos terminan por comprender. A los ojos de mi madre (una mujer soltera con dos hijos y uno en camino), yo era una malagradecida y floja que nunca entendería el enorme sacrificio que hizo por educarnos.

– No tengo tiempo para estas niñerías. A mí me pagan por hora. ¿Ahora entiende mi enojo, señorita? –decía cuando la maestra, desesperada, la citaba después de haber intentado de todo para que pararan esas ganas enfermizas de dibujar círculos.

Hasta el párroco de la iglesia intervino. Por varios días incluyó, en sus intenciones, una oración para que alcanzara el perdón eterno y, de refilón, repeler cualquier espíritu maligno que pudiera poseerme.

Luego a los círculos se sumaron trazos tribales que los adornaron como cubriéndolos de una ola o sombrilla imaginaria. Después llegó la etapa de las líneas quirúrgicamente alineadas que nunca me cansaba de dibujar; y que las veía, incluso cuando cerraba los ojos, segundos antes de dormir. Así aprendí, finalmente, a dibujar unos ojos bordeando la perfección de un realismo casi espeluznante.

Los psicólogos de la escuela y mi maestra más querida discutían entre sí, barajando la posibilidad de que los ojos que dibujaba pertenecieran a un adulto cercano que hubiera podido lastimarme, ante la ausencia de un padre en mi vida.



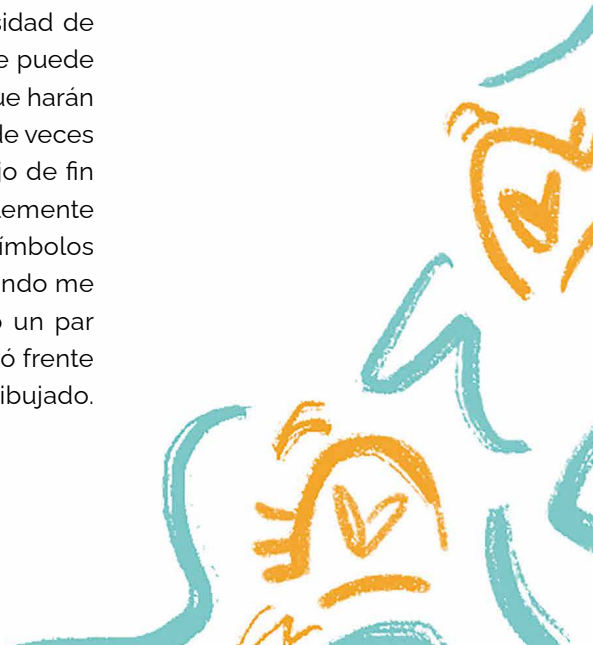


Cuando me aburría, sobre todo en las clases de Historia, el bolígrafo por inercia dibujaba garabatos que paulatinamente se convertían en ojos de distintos tamaños. Las explicaciones ociosas sobre la Revolución Liberal y el tono arrastrado del maestro Remigio, quien un día en un arranque de furia me llamó 'apátrida', me inducían a un trance pantanoso del cual solo conseguía salir cuando sonaba el timbre, o cuando gritaba mi nombre por tercera vez.

El punto de inflexión llegó cuando un día caminando del colegio a casa me cautivó una pintura que, por meses, ingenuamente creí original. Se exhibía a la vista de todos los transeúntes en un caballete que había perdido su brillo bajo el inclemente sol de la serranía ecuatorial. El cuadro, que ostentaba un trabajo corriente de marquetería en pino, había sido fondeado de un rojo sangre-espesa sobre el que caían, con una extraña armonía, figuras circulares que a mi parecer eran ojos de distintos tamaños. En conclusión, todo era ojos para mí. El pintor, y dueño de aquella humilde galería esquinera, entre las calles General Torres y Pdte. Córdova, apenas podía pagar la renta cuando vendía una que otra réplica barata que, por su evidente párkinson, siempre terminaba con apremio, antes de fin de mes. Cuando cumplí quince pedí uno de sus cuadros como regalo. Mi mamá se contentó por el significativo ahorro que implicó, restándole importancia a la inusual petición. Un año después supe que el hombre había muerto, y con él su modesto negocio. En su reemplazo se instaló una pollería, luego una despensa, después una farmacia, un bazar papelería y, por último, una licorera que siempre permanece abierta y decorada por borrachos, 24/7.

Estudí, como era de esperarse, una licenciatura en artes plásticas en la Universidad Estatal de Cuenca en el 98. Alternaba mis estudios con mi trabajo en las mañanas en un cibercafé que olía siempre a polvo y a papel planchado por el calor de las fotocopiadoras.

Faltando un año para titularme abandoné la carrera. Me parecía insufrible el currículo, los docentes que eran más críticos que artistas, y más aún, la bola de jóvenes enclenques y mal vestidos que enfundaban los más estúpidos y fútiles argumentos para explicar sus obras carentes de sentido, que no eran más que un intento esnobista y hasta naif del abstraccionismo ya gastado de Pollock. Otros intentos carecían de alma. En ellos se notaba que la práctica superaba al talento. El único arte sincero y original que extrañé (por irreverente y armonioso) fue el de Sami Amaru, una chica mestiza que tenía ascendencia indígena por lado de su madre, y que por un acto de rebeldía había decidido llevar su apellido materno de adulta. Su baja estatura y sus delicados movimientos contrastaban enormemente con su obra brutal y desmedida. Cuando presentaba una nueva pintura para la clase de Expresión Artística, todos la veíamos más alta de lo que realmente era. Su cuerpo endeble se tonificaba mágicamente, su piel y su cabello negro obsidiana, brillaban tanto que se hacía imposible dejar de mirarla. Hasta llegué a convencerme de que sus pechos crecían como pirámides incas, bajo su blusa siempre blanca, siempre étnica. Nuna, (como más tarde me enteraría que de cariño le decía su madre), parecía lenta y distraída lo que la hacía más hermosa e intrigante. Pertenecía a ese grupo escaso de personas que nunca tienen la necesidad de correr o apurarse, mucho menos angustiarse, por algo que se puede prever. Esta gente da la impresión de saber exactamente lo que harán en cada segundo de esta y de las próximas vidas. Solo un par de veces hablamos directamente. La primera, cuando elogió mi trabajo de fin de ciclo que ni siquiera recuerdo de qué trataba, (probablemente despotricaba contra el arte contemporáneo y ocultaba símbolos fálicos para burlarme de lo absurdo de la tarea); y la vez cuando me sonrió y se encogió de hombros al descubrirme dibujando un par de ojos en Semiótica de la Imagen. Al final de la clase se paró frente a mi asiento y me mostró otro par de ojos que ella había dibujado.



Yo siempre, desde pequeña dibujé el mismo par de ojos, ahora estoy segura, pero en ese entonces no había caído en cuenta. En cambio, ella había dibujado unos álgidos, solitarios, pero profundos ojos, que bien pudieron haber sido los míos.

Solo después de haberme retirado de la universidad, y de varios meses de intentar mantenerme a flote solo con mi desagradable empleo, me sorprendí extrañándola. Pasé días a punto de descolgar el teléfono para llamar a un amigo en común y pedir su número, pero antes de que pudiera armarme de valor, una tarde, ella me contactó. La conversación fue breve y directa. En la llamada nunca se la escuchó nerviosa, mucho menos, tímida. Me invitó a tomarnos unas cervezas esa misma noche. Propuso mi departamento sin ninguna vergüenza. Y después de explicarme la manera en cómo consiguió mi número telefónico, aprovechó para confesarme que las clases eran insoportables sin mí, lo que tomé como un comentario fortuito para romper el hielo y justificar la sospechosa invitación que me había hecho, así que no devolví el cumplido. Nos despedimos amablemente, y asumo que ambas percibimos que, del otro lado de la línea, una sonrisa se dibujaba en nuestros rostros al mismo tiempo.

Cuando colgamos, casi inmediatamente, prendí un porro que había armado cuidadosamente la noche anterior con lo último de mis reservas. Abrí una lata de cerveza, adelantándome a la cita, y mientras le daba una pitada al cigarro, me quedé observando por largo rato una serie de pequeños cuadros que descansaban en el piso contra la única pared que tenía ventana en esa suite que me costaba tanto mantener. Eran grabados en negro que había decidido estampar manualmente tallando en una plancha de madera, ojos barrocos muy a lo Rembrandt. Sin duda, mi obra maestra. A pesar de que se tratara de una mínima parte del cuerpo, un par de ojos denotan tristeza, lujuria, miedo, alegría, ira, sorpresa y hasta cansancio. Toda la serie, en



conjunto, era perfecta en su conmovedor realismo. Pero solo en ese momento caí en cuenta de que los once pares de ojos pertenecían a un mismo hombre. Al mismo hombre que había visto la noche anterior en mis pesadillas, cuando sentí claramente que me ahorcaba con una fuerza descomunal. Los ojos que dibujé a tientas la noche anterior transmitían ira, frustración, ternura y dolor, al mismo tiempo. Como si no hubiera querido extinguirme entre sus dedos, pero le era inevitable.

Descubrí con horror que lo que soñé bien podría tratarse de un recuerdo pasado... muy pasado.

En ese trance se atoró un nudo en mi garganta y nuevamente sentí que me faltaba el aire, lo que me propulsó de mi silla para abrir la ventana y sacar la cabeza inmediatamente.

La remota posibilidad de que eso fuera un recuerdo de alguna vida pasada me atemorizaba de manera nunca antes experimentada, pero del mismo modo, me avergonzaba sentir un extraño temblor en la entrepierna. De alguna forma me excitaba recordarlo y al mismo tiempo pensar en que la vería, en unos minutos, a ella, a Nuna. Como si al fin todas las piezas encajaran en esta escena.

\*\*\*

Golpeas la puerta con insistencia, después de notar que no contesto. Sé muy bien que eres tú, y tengo unas ganas enormes de dibujarme, esta vez, frente a tus ojos.